

no la ves, como yo tampoco veo la mía. Sé que existe un poder invisible que no puedo conocer. Por tanto, ¿cómo quieres tú, que sólo eres una parte insignificante de mí misma, saber lo que no sé?

El Filósofo. Los hombres somos curiosos. Quisiera saber por qué siendo como eres tan tosca en las montañas, desiertos y mares, eres, sin embargo, tan industriosa en tus animales y vegetales.

La Naturaleza. ¿Quieres que te diga la verdad? Me han designado con un nombre impropio: me llaman *Naturaleza* y soy todo arte.

El Filósofo. Esa palabra desconcierta mis ideas. ¿La naturaleza es arte?

La Naturaleza. Sin duda. ¿Ignoras que se ha plasmado un arte infinito en esos mares y en esos montes que tan toscos te parecen? ¿Desconoces acaso que toda las aguas gravitan hacia el centro de la Tierra y sólo se elevan obedeciendo a leyes inmutables; que esas montañas que coronan el mundo son inmensos depósitos de nieves eternas y madres de fuentes, lagos y ríos, sin los cuales el género animal y el reino vegetal morirían? Crees que tengo sólo tres reinos, el animal, el vegetal y el mineral, pero es menester que sepas que mis reinos son millones. Si te detienes a analizar la formación de un insecto, de una espiga de trigo, del oro y del cobre, todo te parecerá en mí maravillas de arte.

El Filósofo. Es verdad. Cuanto más reflexionó más comprendo que eres el resultado del arte de un ser omnipotente que te oculta y te hace aparecer. Todos los filósofos desde Thales, y acaso muchos anteriores a él, han jugado a la gallina ciega contigo y han dicho: Ya te he pillado, pero no te tenían. Todos los hombres nos parecemos a Ixión, que creyó abrazar a Juno y sólo era una nube.

La Naturaleza. Puesto que soy todo lo que es, ¿cómo un ser como tú, parte exigua de mí misma, ha de poder aprehenderme? Contentaos, hijos míos, siendo como sois átomos, con ver algunos átomos que os rodean, con beber algunas gotas de mi leche, con vegetar algunos momentos en mi seno y con morir sin llegar a conocer a vuestra madre y a vuestra nodriza.

El Filósofo. Pues bien, madre mía, dime por qué existes y por qué existe todo lo del mundo.

La Naturaleza. Te contestaré lo que respondo desde hace muchísimos siglos a quienes me preguntan sobre los primeros principios: no lo sé.

El Filósofo. Sería preferible la nada a la multitud de existencias creadas para ser continuamente extinguidas, a la infinidad de animales que nacen y se reproducen para devorar a otros y ser devorados al ingente número de seres sensibles que padecen esa enormidad de sensaciones dolorosas, al exceso de inteligencias que rara vez conocen la razón. ¿Para qué todo esto, Naturaleza?

La Naturaleza. No sé contestarte. Pregúntaselo al que lo hizo.

Voltaire, *Diccionario Filosófico*,
México, Dainón, 1977.

CONCEPTO DE LA NATURALEZA

Guillermo Federico Hegel

La Naturaleza ha sido determinada como la idea en la forma del ser-otro (Anderssein). Como la idea es, de este modo, la negación de sí misma y exterior a sí, la Naturaleza

no es exterior sólo relativamente respecto a la idea (y respecto a la existencia subjetiva de la idea, el espíritu), sino que la exterioridad constituye la determinación, en la cual ella es como naturaleza.

En esta exterioridad, las determinaciones conceptuales tienen la apariencia de un subsistir indiferente y del aislamiento de las unas con respecto a las otras; el concepto aparece, pues, como algo interno. Por lo que la Naturaleza no muestra en su existencia libertad alguna, sino solamente necesidad y accidentalidad.

La Naturaleza, portanto, considerada con respecto a su existencia determinada, por la cual es precisamente Naturaleza, no debe ser divinizada, ni hay que considerar ni aducir el sol, la luna, los animales, las plantas, etcétera, como obras de Dios, con preferencia a los hechos y cosas humanas. La Naturaleza, considerada en sí, en la idea es divina; pero en el modo en que es, su ser no responde a su concepto; es, por el contrario, la contradicción no resuelta. Su carácter propio es este mismo: el ser puesta, el de ser negación; y los antiguos concibieron, en efecto, la materia en general como el *non sens*. Así la Naturaleza ha sido también definida como la decadencia de la idea de sí misma, porque la idea, en esta forma de exterioridad, es inadecuada a sí misma. Sólo a aquella conciencia que es, desde luego, ella misma exterior y, por consiguiente, inmediata, esto es, a la conciencia sensible, se le parece la Naturaleza como lo primero, lo inmediato, como lo que es. Pero como quiera que también, aun en el elemento de la exterioridad, la Naturaleza es representación de la idea, claro está que se puede y se debe admitir en ella la sabiduría de Dios. Pero es necesario responder a Vanini, quien decía que le bastaba una pajueta para explicar el ser de Dios, que toda representación del espíritu, la más baladí de sus imágenes, el juego de sus caprichos accidentales, cualquier palabra, es fundamento más excelente para conocer la esencia de Dios que cualquier objeto natural. En la Naturaleza, no sólo el juego de las formas está sujeto a una accidentalidad sin regla y sin freno, sino que toda forma carece por sí del concepto de sí misma. La cima a la que se dirige la Naturaleza al existir, es la vida; pero siendo ésta solamente idea natural, está sujeta a lo irracional de la exterioridad, y la vitalidad individual está, en todos los momentos de su existencia, en pugna con una individualidad distinta de la suya, mientras que en toda manifestación espiritual se da el momento de la relación libre y universal consigo misma. Igual error se da cuando los hechos espirituales en general son menos estimados que las cosas naturales y posponemos las obras de arte a las cosas naturales por la razón de que su material ha de ser tomado del exterior, y también, porque no son vivas. Como si la forma espiritual no contuviese una más alta vitalidad y no fuese más digna del espíritu que la forma natural, y la forma en general no fuese de más alta estirpe que la materia; como si, en todos los hechos morales, aquello mismo que se puede llamar materia, no perteneciese únicamente al espíritu; como si, en la Naturaleza, aquello que hay de más elevado, que es lo vivo, no tomase también su materia de lo exterior. La Naturaleza se aduce también este privilegio suyo, está, no obstante toda la accidentalidad de sus existencias, sujeta a leyes eternas. Pero a leyes eternas está también sujeto el dominio de la auto-conciencia: lo que es reconocido en la fe que tenemos en una providencia que guía y dirige las cosas humanas. ¿O es que acaso las determinaciones de esta providencia, en el campo de las vicisitudes humanas, deberían ser solamente accidentales e irracionales? Y también, cuando la accidentalidad espiritual, el arbitrio, llega hasta el mal, este mismo mal es algo de infinitamente más alto que no los movimientos regulares de los astros y la inocencia de las plantas, porque aquel que así yerra, es siempre el espíritu.

Hay que considerar a la Naturaleza como un sistema de grados, cada uno de los

cuales sale del otro necesariamente y es la próxima verdad de aquél de que resulta, no ya en el sentido de que el uno sea producido por el otro naturalmente, sino en el sentido de que es así producido en la íntima idea que constituye la razón de la Naturaleza. La metamorfosis corresponde sólo al concepto como tal, puesto que sólo el cambio de éste constituye la evolución. Pero el concepto de la naturaleza es, en parte, sólo algo de interno; en parte existente, sí, pero sólo como individuo vivo. A este último, solamente por eso, está limitada la metamorfosis existente.

Ha sido una impropia representación de la antigua como de la nueva filosofía de la Naturaleza, el considerar el progreso y el paso de una forma y esfera natural a otra más alta, como una producción provista de realidad exterior, la cual, sin embargo, para hacerla más luminosa, ha sido después repelida a la obscuridad del pasado. La exterioridad es propia precisamente de la Naturaleza, y por ella las diferencias se destacan entre sí y aparecen como existencias indiferentes; el concepto dialéctico que guía los grados en su progresión, obra dentro de ellos. Representaciones nebulosas, y en el fondo de origen sensible —como la del nacer los animales y las plantas del agua, o los organismos animales más desarrollados, de los más inferiores, etcétera—, deben ser excluidos del todo de la consideración filosófica.

La contradicción de la idea que, como Naturaleza debe ser exterior a sí misma, es, más precisamente, ésta: que, por una parte hay la necesidad, operada por el concepto, de la formación de la Naturaleza y de su determinación racional en la unidad orgánica; por otra parte, su accidentalidad indiferente e irregularmente indeterminada. La accidentalidad y la determinación desde fuera, tienen su derecho en la esfera de la Naturaleza. Esta accidentalidad es máxima en el dominio de las formaciones concretas, que, sin embargo, como cosas de la Naturaleza, son concretas sólo inmediatamente. Es decir, lo inmediatamente concreto es sólo una multitud de propiedades, las unas fuera de las otras, y más o menos indiferentes las unas con respecto a las otras; respecto de las cuales, precisamente por esto, la simple subjetividad existente por sí, es, además, indiferentes, y las abandona a la determinación externa, y, por consiguiente accidental. La impotencia de la Naturaleza consiste en no poder apoderarse de las determinaciones conceptuales más que abstractamente, y abandonar la ejecución de lo particular a la determinación exterior.

Ha sido encomiada la infinita riqueza y variedad de las formas, y luego, de un modo completamente irracional, la accidentalidad que se mezcla en el ordenamiento exterior de las formaciones naturales, como la alta libertad de la naturaleza, también como su divinidad o, por lo menos, como la divinidad en ella. Es de poner en la cuenta del modo de representar sensible, este cambiar la accidentalidad, el arbitrio, el desorden, por libertad y racionalidad. Aquella impotencia de la Naturaleza pone límites a la filosofía, y es todo lo más inconveniente de cuanto se puede imaginar, pretender del concepto que deba entender conceptualmente, semejante accidentalidad y, como ya se ha dicho, construirla, deducirla; hasta parece que la tarea se hace tanto más fácil, cuanto más mezquino y aislado es el producto a construir. Huellas de las determinaciones conceptuales se pueden proseguir ciertamente hasta en las cosas más particulares; pero lo particular no se agota con aquella determinación. Las huellas de este hilo y de esta íntima conexión, sorprenderán con frecuencia al contemplador, y, en especial, parecerán sorprendentes, o mejor increíbles, a aquel que, en la Naturaleza, como en la historia de los hombres, se inclina a no ver más que accidentes. Pero es preciso estar en guardia y no cambiar dicha huella por la totalidad de la determinación de los seres naturales, lo que hace caer en el mencionado error de las analogías.

En la impotencia de la Naturaleza para hacer que el concepto proceda con firmeza

en su obra, consiste la dificultad y, para muchas de sus partes, la imposibilidad de encontrar, por medio de la consideración empírica, diferencias rigurosas de clases y de órdenes. En todas partes, la Naturaleza mezcla las líneas divisorias esenciales con productos híbridos y deformes que suministran siempre argumentos contra toda distinción rígida, y también en el interior de los géneros determinados (por ejemplo, del género hombre) produce abortos que, de una parte, es preciso enumerar en aquel determinado género, mientras que, por otra parte, carecen de determinaciones que hubieran de considerarse como caracteres esenciales del género. Para poder juzgar dichos productos como defectuosos, malos abortivos, hay que presuponer un tipo fijo; el cual, sin embargo, no podría ser sacado de la experiencia, puesto que precisamente ésta nos presenta también los mencionados abortos, monstruos, seres híbridos, etcétera; el tipo presupone, por el contrario, la independencia y dignidad de la determinación conceptual.

La Naturaleza es en sí un todo viviente y el movimiento a través de la serie de grados consiste, más precisamente, en el ponerse la idea como lo que ella es en sí, o lo que es lo mismo: la idea de su inmediatez y exterioridad, que es la muerte, vuelve a sí para ser primeramente lo vivo, y luego supera también esta determinación, en la cual es solamente vida y se produce en la existencia del espíritu, que es la verdad y el objeto final de la Naturaleza, y es la verdadera realidad de la idea.

División

La idea como Naturaleza es:

I. En la determinación de la exterioridad y del infinito aislamiento. La unidad de la forma está fuera de ella, y por esto es ideal y solamente en sí, y, por consiguiente, también es algo a que solamente se aspira. En tal determinación, es la materia, y su sistema ideal, es la mecánica.

II. En la determinación de la particularidad, así que la realidad es puesta con determinación inmanente de forma y con la diferencia en ella existente. Es una relación de reflexión, cuyo ser en sí es la individualidad natural. Esta esfera es la física.

III. En la determinación de la subjetividad, en la cual las diferencias reales de la forma son además referidas a la unidad ideal, que se ha encontrado a sí misma y es para sí. Esta tercera esfera es la orgánica.

G.F. Hegel, *Filosofía de la Naturaleza*,
Buenos Aires, Editorial Claridad, 1969.

EL UNIVERSO

H. D. Thoreau

Hasta que estamos perdidos, en otras palabras, hasta que perdemos el mundo, no comenzamos a encontrar a nosotros mismos y a comprender dónde estamos y el alcance infinito de nuestras relaciones.

La Naturaleza no plantea ni contesta ninguna de las preguntas que hacemos nosotros. Hace mucho tiempo tomó su resolución.

El progreso de las edades ha tenido poca influencia en las leyes esenciales de la existencia humana.